

El último emperador

Julio Aramberri

Jung Chang, Jon Holliday

MAO. LA HISTORIA DESCONCIDA

Trad. de Amado Diéguez y Victoria Gordo

Taurus, Madrid 980 pp. 28 €

El Bund de Shanghai fue el corazón de la zona internacional (que no hacía exactamente honor a su nombre, porque la concesión francesa se encontraba extramuros de ella) en los años de dominación occidental en China y allí se arracimaban las sedes de las casas comerciales y bancarias, británicas mayormente, pero también americanas, francesas y demás. Hoy, todavía, quien mira a pie de calle hacia Puxi, la orilla oeste del río Huangpu que divide Shanghai de Pudong, podría pensar que se encuentra en Whitehall o en Oxford Street. El Bund actual ha recobrado el antiguo esplendor y sigue siendo una gran área financiera de tráfico imposible y un punto sombrío. Cruzando Zhongshan Lu, una larguísima calle dedicada a Sun Yat-sen, el fundador de la República China, el parque Huangpu, construido por los ingleses en 1868, da tregua al paseante que busca escapar de tanta solemnidad. Aún corre el son de que, hasta el final de los años treinta, perros y chinos tenían prohibido entrar allí. Hoy, por el contrario, es china la abrumadora mayoría de los turistas que lo visitan. En los jardines han levantado las autoridades de la ciudad un ramplón monumento a los Héroes del Pueblo y en sus alrededores puede verse una estatua de Mao Zedong, una de las muchas que todavía pueblan China. Mao no mira al río, sino a los antiguos símbolos del poder colonial y tiene un brazo levantado como en advertencia de que su tiempo se acabó para nunca más tornar. Muchos grupos, familias, parejas en luna de miel, adolescentes con sus chicas se hacen fotos en torno a la estatua. No parece que para ellos sea Mao un personaje nefasto.

Uno no puede por menos de recordar esa imagen al llegar al final de la excelente biografía que le han dedicado Jung Chang y Jon Holliday. Jung Chang siempre viene a las mentes por *Wild Swans* [1]. Ese memorial de las tres últimas generaciones de mujeres de su familia, incluyéndola a ella, fue uno de los primeros en despejar la bruma que por demasiados años ha beneficiado a quien en verdad fuera su último emperador. China ha estado demasiado lejos de las preocupaciones occidentales hasta hace bien poco y Mao era rojo, dos razones de peso para que su figura siguiera envuelta por demasiado tiempo en el aura romántica que le regaló Edgar Snow. Pero, como recuerdan los autores, el presidente Mao ha sido uno de los mayores carniceros que haya conocido la historia, con cerca de setenta millones de muertos en su haber, posiblemente sólo superado en el palmarés global de verdugos por Pol Pot, y eso sólo cuando jugamos con porcentajes. El Hermano Número 1 fue el victimario de entre un cuarto y un tercio de la población de Camboya, pero no llegó ni de lejos a la cifra absoluta de Mao [2]. Chang y Holliday documentan exhaustivamente su argumento con un amplio aparato de archivos recién abiertos e innumerables entrevistas a gentes que

conocieron de cerca al personaje.

Sin embargo, uno tiene la impresión de que no dejan suficientemente aclarado por qué la gente quiere hacerse fotos junto a la estatua del parque Huangpu. ¿Cómo es posible que un prójimo semejante pueda aún ser visto con neutralidad, simpatía o hasta devoción por millones y millones de chinos? Mao asoma la gaita en todos los billetes de banco de denominación igual o superior a un yuan sin que esa presencia abrumadora parezca repugnar a sus usuarios. Sin duda, eso puede ser justificado por la imposición del gobierno, al igual que el gigantesco retrato que espera al visitante a la entrada de la Ciudad Prohibida en Pekín; pero no explica el inacabable plantón que aguantan los miles de personas que cada día hacen cola para ver al fiambre en su panteón de la plaza de Tiananmen, o el orgullo con que una estudiante -nacida en 1981, cinco años después de la muerte del miserable- te dice que ella es de Hunan, «tierra de héroes como el presidente Mao».

ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Pero vayamos al argumento del libro para volver a ese asunto después. En la biografía de Chang y Holliday hay dos explicaciones básicas para el éxito de Mao en su lucha por el poder. Una es profundamente confuciana: la suerte. Hoy vemos a Mao en su exaltada figura de máximo dirigente comunista del país más poblado del planeta, pero allá por los años veinte no era más que otro don nadie buscándose la vida, a ser posible sin trabajar, en el torbellino desatado por el fin de la dinastía manchú, la proclamación de la república y el estallido de China en una taifa de señores de la guerra. ¿Por qué hubo de ser él, y no otro, el candidato del destino? Sin duda, Mao tuvo suerte de no estar ya en Shanghai en abril de 1927, cuando Chiang Kai-shek reprimió con brutalidad la actividad insurreccional del partido comunista chino (PCC). De nuevo, según los autores, la suerte lo acompañó cuando voluntariamente llevó al fracaso el Levantamiento de la Cosecha de Otoño en octubre de 1927, pero pudo escapar de las responsabilidades exigidas por el partido cuando el comité de Hunan, encargado de depurarlas, fue demasiado providencialmente detenido por los nacionalistas del Kuomintang. En 1934, la Larga Marcha (o retirada del ejército rojo desde Yudu en la provincia sureña de Jiangxi hasta Yenán -en otros lugares escrito Yan'an- en la norteña Shaanxi) pudo iniciarse con éxito porque Chiang necesitaba utilizar el miedo a los comunistas en sus tratos con los señores de la guerra de Guizhou y Sichuan, y les dejó escapar hacia sus objetivos. La guerra entre China y Japón le vino que ni pintiparada, pues «acabó por debilitar enormemente a Chiang y permitir a Mao hacerse con un gigantesco ejército de trece millones. Al principio de la guerra, la proporción del ejército de Chiang respecto al de Mao era de sesenta a uno; al final, de tres a uno». En 1946, cuando Chiang tenía a Mao con la espalda contra la pared en Manchuria, se le apareció la virgen llevando de la mano al general George Marshall. El estadounidense, aún encandilado por la colaboración con los comunistas en la derrota del Eje, impidió a Chiang coronar su victoria al imponerle una tregua que salvó a Mao. Un diablo cojuelo lo guió sin extravíos por el laberinto de la Komintern al tiempo que le permitía hacer casi todo lo que le viniera en gana, así fuera en contra de las decisiones de Stalin. Sin duda, Mao tuvo aún más suerte que Rosita la del corrido pues, de todos los tiros que le dieron, ninguno era de muerte. Pero el argumento confuciano no basta. Tal vez la suerte sea grela, pero pasa con ella como con la supervivencia de los mejor adaptados: que nunca sabemos a quién va a favorecer hasta que no canta la gorda y se acaba la

ópera. Y así los defensores de Mao pueden apuntar que lo que algunos llaman suerte no era otra cosa que una especial clarividencia para verlas venir y tomar el olivo cuando pintaban bastos.

Lo del terror tiene más fundamento. Parece que la convicción de que *el poder brota del cañón del fusil* se forjó cuando Mao no era ya tan joven. A principios de 1927 hizo un viaje por el campo de Hunan que, a confesión de parte, «cambió completamente mi actitud». Allí descubrió que los cabecillas de las bandas campesinas habían conseguido ganar aterrorizando a sus enemigos. «Detienen a quien les parece, les endosan un sambenito y los pasean ante la población», anotaba con admiración. ¿Programa? Muy simple: todo terrateniente era un tirano y cualquier persona acomodada un enemigo. Desde ese momento, Mao sabía qué hacer y cómo hacerlo. Sólo necesitaba un pequeño cambio en los títulos de crédito. Donde decía terratenientes empezó a leerse opositores; donde personas acomodadas, rivales políticos. La lucha por el poder, no la lucha de clases, habría de dirigir en adelante la mira del cañón del fusil. Si los pliegos de cargos variaban (terratenientes, antibolcheviques, espías nacionalistas, partidarios del capitalismo, revisionistas, derechistas, ultraizquierdistas, o lo que viniere a mano), el objetivo era siempre el mismo: destruir a quien intentara ponerse en su camino hacia el poder total. En 1929, «[e]n Pitou ordenó la pública ejecución de cuatro conocidos comunistas locales bajo la acusación de *contrarrevolucionarios*. Son los primeros comunistas asesinados por Mao cuyos nombres se conocen».

Fue en Ruijin, un territorio entre las provincias de Jiangxi y Fujian en China meridional que había caído en manos de los rojos, donde en 1931 se probó el catón maoísta por vez primera [3]. Ruijin, pomposamente conocido como el primer Estado rojo de China, «funcionaba como un campo de concentración y estaba vigilado como una prisión». Nadie podía abandonarlo sin permiso. En febrero de 1933 comenzó una campaña antiterratenientes, para expropiarles hasta la punta de un alfiler. Los tales terratenientes no eran sino campesinos mínimamente acomodados, pues, a diferencia de Rusia, había muy pocos latifundistas en China. Tampoco al conjunto de los demás le iba mucho mejor. En gran número de pueblos no tenían un solo día de descanso, aunque, eso sí, eran obligados al dudoso asueto de participar en mítines y reuniones políticas. Si Ruijin fue el laboratorio, Yenan se convirtió en la verdadera fábrica de comunistas tras la Larga Marcha, cuyo fin marcó un gran salto adelante para el PCC. Allí se iba a templar el acero.

UNA NUBE DE ZOMBIS ATERRADOS

En 1941, el PCC llegó a setecientos mil afiliados, un noventa por ciento de los cuales se habían enrolado tras el inicio de la guerra contra Japón. Muchos provenían de las clases medias radicalizadas y muchos buscaron acomodo en Yenan. Eran los *jóvenes voluntarios* que, al principio, vivieron allí su sueño de gloria. Pronto vendría un amargo despertar. «Su mayor decepción fue que la igualdad, el núcleo de su idealismo, no sólo brillaba por su ausencia, sino que era abiertamente justificada por el régimen. Desigualdad y privilegios lo inundaban todo. Cada organización del partido tenía tres cantinas diferentes. La inferior recibía algo más de la mitad de carne y aceite que la de los cuadros medios, mientras que la de los superiores contaba con muchas más

provisiones. La plana mayor comía los alimentos más sustanciosos». Tabaco, velas (no había otra luz para trabajar) y papel de escribir también se repartían en función del rango. Los hijos de los dirigentes eran enviados a escuelas en Rusia o tenían sus amas. Las duras condiciones de vida comportaban numerosas privaciones y a menudo desembocaban en serias enfermedades que no podían ser tratadas; los dirigentes, en cambio, eran enviados a clínicas rusas. La privación sexual era de regla y quienes caían en flagrante delito de masturbación se veían expuestos a la pública vindicta. Entre tanto, a Mao y a su cuadrilla no les faltaba de nada. La única ambulancia existente –regalo de trabajadores chinos de una lavandería neoyorquina– fue confiscada para su uso personal. Lily Wu, una actriz recién llegada, pronto empezó a alegrarle las pajarillas al presidente. Ella y una amiga americana, Agnes Smedley, escritora en busca de fama y aventuras, organizaron los bailes semanales que tanto le entusiasmarían por el resto de sus días. Tras ellas aparecería otra actriz, Jiang Qing, que iba a ser la cuarta y definitiva mujer de Mao, aunque no su única compañera. Pronto el ejército formaría una tropa de animadoras para los bailes semanales; así podía Mao, como lo habían hecho antes los emperadores del reino del centro, elegir a la concubina de esa noche. Por supuesto, nunca faltaron los tiralevistas dispuestos a defender que así tenían que ser las cosas, aunque cualquier otro hubiera sido puesto en la picota por hacer la décima parte de eso.

Yenan era el castillo de irás y no volverás y querer regresar a casa equivalía a desertar y se pagaba con la muerte. A los *jóvenes voluntarios* se les ahormaba a conciencia, especialmente tras el caso de Wang Shiwei, que tuvo la poco acertada idea de denunciar públicamente los privilegios de los poderosos. A Wang se le encontró un gen trotskista y fue sometido a una campaña de denuncias públicas, un espectáculo repetido hasta la saciedad con otros disidentes en años venideros. Para quienes seguían mostrando resistencia pasiva, en abril de 1943 se desató una purga antinacionalista que aportó otra novedad represiva: el encarcelamiento dentro de los propios centros de trabajo que, a menudo, estaban junto a los dormitorios colectivos. Así, Mao «convirtió a los colegas de cada quien en sus celadores; denunciados, compañeros y carceleros convivían en los mismos lugares [...]. De esta forma, no sólo introducía una cuña enorme entre gentes que compartían residencia y lugar de trabajo, sino que ampliaba exponencialmente el número de cómplices de la represión». Pronto, los denunciados empezaban a nombrar a otros conspiradores en una rueda que aplastaba a todo el que cogía. Los que se libraban de las denuncias tampoco amarraban en puerto seguro. Aparte del miedo continuo a ser denunciados, se les hacía participar en interminables sesiones de adoctrinamiento. Cualquier forma de relajación –cantar y bailar incluidos– estaba prohibida; en su lugar, el tiempo de ocio había de dedicarse a redactar *exámenes de conciencia*, un género literario que requería escribir una y otra vez los menores pensamientos que, en cualquier momento de su vida, el redactor pudiese haber albergado con dudas sobre la línea del partido. No tomarse en serio el examen constituía prueba suficiente de que el autor era un espía, pues quien nada tiene que ocultar no ha de tener miedo a explicarse. En los exámenes había que incluir cualquier *pequeño contacto* con amigos y colegas, lo que los convertía en otras tantas oportunidades para la denuncia. Así en Yenan se respiraba el campo de concentración, cualquier vestigio de confianza mutua desaparecía y la gente, por miedo a los demás, se refugiaba en un silencio claustal reforzado por la inexistencia de contactos con el exterior. Los hombres y mujeres nuevos de la sociedad comunista se convertían así en una nube de zombis aterrados que el presidente podía manejar a su antojo.

Para mediados de los años cuarenta Mao contaba con el ejército de robots con el que siempre había soñado. Primero y principal, su camarada de siempre, Zhou Enlai. Zhou, la cara simpática del régimen, pertenecía a esa especie tan extendida, no sólo en las filas comunistas, capaz de las vilezas más insondables si así favorecía a la causa. Uno podría compadecerle por lo que tuvo que pasar, de no ser porque Zhou sabía lo que hacía aún mejor que Mao y, por tanto, no podría aportar excusa alguna en su descargo. Ya desde joven (había dejado atrás en París a una compañera muy atractiva para maridar un virago de admirable ortodoxia comunista), a Zhou se le notaban tanto las ganas de recoger todas las culpas que encontraba por la calle que su masoquismo despertaba la rechifla de los observadores soviéticos del PCC. Pero a Mao -un pollo que había ido abandonando a sus hijos cuando se terciaba, sin echar nunca la vista atrás para interesarse por ellos- ni siquiera eso le valía. Al final de sus días, Mao impidió a Zhou dejar de trabajar para tratarse el cáncer que finalmente lo llevaría a la muerte. Bien merecido lo tenía, aunque eso permitiese al presidente convertirse en administrador involuntario de esa justicia que las almas bellas piensan que acabará por imperar en el mundo.

Si tal era la calaña de Zhou, bien puede uno imaginarse la del resto. Pero así los quería Mao: un partido y un ejército de gentes despavoridas y serviles hasta lo inimaginable. ¿Para qué? Más allá de la palabrería sobre el comunismo, Mao tenía marcados dos objetivos. Uno era explícito y mayormente propagandístico: hacer pasar a la sociedad china del atraso y la decadencia al bienestar comunista, siempre medido por relación al que ya disfrutaban los países capitalistas. En quince años (en 1958 se redujeron a tres), China iba a ser más rica que Gran Bretaña. El segundo, más clandestino pero más real, perseguía convertir a China en una superpotencia que devolviese a su último emperador el papel hegemónico que por tantos siglos le había correspondido, sólo que ahora extendido al mundo entero. Los dos elementos llamados a asegurarlo serían un ejército bien armado y la bomba atómica, y ambos habían de alcanzarse al precio que fuere. Si para ello había que hacer sufrir aún más a los pretendidos beneficiarios de la nueva sociedad china, eso eran gajes del oficio. ¿No había sido Mao quien en 1957 dijera a una audiencia moscovita que estaba dispuesto a afrontar la muerte de trescientos millones de chinos -la mitad de la población del país entonces- si eso garantizaba el triunfo de la revolución mundial? ¿Y quién sino los zombis podrían asegurar esos objetivos sin hacer preguntas inconvenientes? Al menos eso creía el presidente.

DE UNA CRISIS A OTRA

Mao leía mucho. Su cama de madera era tan grande que podía acoger a una o más concubinas sin que faltase espacio, a pesar de estar cubierta de libros. Pero no parece que le aprovechara mucho la lectura. Sus escritos y, lo que es peor, sus hechos muestran esa osadía de los semianalfabetos que sólo un orate como Althusser cuando estaba cuerdo podía tomar en serio. Si Mao hubiera aprendido algo de la historia que tanto le gustaba, habría podido colegir que el futuro siempre es incierto y que, en

tiempos de crisis, hasta los zombis vacilan y los mejores aparatos se quiebran. Y Mao se las pintaba solo para generar una crisis tras otra.

Tras la campaña de las Cien Flores y la represión de las que florecieron (1956-1958), los métodos de Yanan se extendieron a todo el del país, preparando el terreno para el Gran Salto Adelante, el fiasco más evidente de su carrera. Las explicaciones más extendidas, siempre bondadosas con el último emperador, atribuyen su fracaso a un voluntarismo exacerbado por el deseo de satisfacer, ante todo, las expectativas de vivir mejor que tenían los chinos. Chang y Holliday, por su parte, expresan un razonable escepticismo. A Mao nada podía interesarle menos que los deseos de los chinos cuando su verdadera ambición era acogotarles para dotar los fondos de su Programa Superpotencia.

Las comunas agrarias, creadas en 1958, se vieron sometidas a tales exigencias de producción que el sector agrario conoció una brutal caída y generó la mayor hambruna del siglo XX . «El hambre, que se extendió a todo el país, comenzó en 1958 y duró hasta 1961, con su cenit en 1960. Ese año las estadísticas oficiales del régimen reflejaban que el consumo medio diario había caído a 1.534,8 calorías. Según Han Suyin, uno de los más conocidos apologetas del régimen, las amas de casa urbanas se contentaban con 1.200 calorías diarias. Los trabajadores esclavos de Auschwitz consumían de 1.300 a 1.700 al día». El hambre no se detenía a la puerta de las ciudades. «La ración anual de carne para sus habitantes pasó de 5,1 kilos por persona en 1957 a la más baja de la historia: un kilo y medio». La campaña para imponer el nuevo orden tampoco paraba. Al igual que en el campo, Mao intentó crear comunas urbanas. Y el nuevo orden tenía que levantarse sobre -literalmente- las ruinas del antiguo. Por ejemplo, el régimen propuso dejar los ocho mil monumentos históricos de Pekín en setenta y uno, y casi lo consiguió. La actual plaza de Tiananmen, con sus más de cuarenta hectáreas, es una de las mayores del mundo, pero su construcción se llevó por delante manzanas enteras de la ciudad antigua para reemplazarlas por un lago de cemento. La locura por alcanzar al objetivo de 10,7 millones de toneladas de acero en 1958 destrozó aún más al campesinado. Bosques y cualquier otro combustible vegetal, incluida la paja con que se hacían los techos de las casas rurales, alimentaban los altos hornos (es un decir) comunales en los que se fundía de todo, hasta las ollas y las sartenes de guisar. Cuando el año acabó, el objetivo se había alcanzado, pero sólo un cuarenta por ciento del acero así fabricado podía utilizarse. «Mao fue el único gobernante de la historia que consiguió crear un cinturón de chatarra al principio de la industrialización y no al final». El destrozo ecológico se hace sentir aún hoy, así como el humano. Cerca de treinta y ocho millones de chinos murieron de hambre.

El gran salto en el que a poco China se rompió definitivamente el cuello tocó a su fin en 1962. En enero de ese año se reunió la mayor conferencia en la historia del PCC, llamada de los Siete Mil, por el número de los delegados que llenaban el Gran Palacio del Pueblo. Para su sorpresa, Mao cayó en una emboscada de Liu Shaoqi, presidente de la República Popular y presunto número dos del régimen, que consiguió que una mayoría le impusiera un cambio de curso para dar un respiro al país. Liu no era precisamente un angelito. Como Zhou, había seguido al Gran Timonel en todas sus vueltas y revueltas pero, al parecer, no vivía en la burbuja que envolvía a Mao, quien raramente se trataba con el común. Cuando Mao se desplazaba, por lo general en ferrocarril, el resto de los trenes del país se paralizaba; otro tanto sucedía con el

espacio aéreo las veces que tomaba un avión. Sus únicos interlocutores eran los zombis locales o provinciales a los que recibía en audiencias. Por su parte, Liu había podido ver con sus propios ojos que el hambre estaba causando estragos incluso entre los miembros de su familia en un viaje que realizó por su provincia natal de Hunan en 1960.

Mao no se daría por vencido. En un par de años consiguió dar la vuelta a la situación y en 1966 desencadenó la Gran Revolución Cultural Proletaria, a la que con buen tino Chang y Holliday denominan la Gran Purga, que no otra cosa fue. Este capítulo es hoy algo mejor conocido que el resto de su reinado, aunque las buenas historias estén aún por venir [4]. En el torbellino iba a desaparecer casi toda la vieja guardia maoísta. Primero fueron los desviacionistas de derecha, con Liu, el Khrushchev chino, a su cabeza. Como el ejército de zombis no era suficientemente digno de confianza, Mao introdujo otra innovación: dar rienda suelta a adolescentes sin ninguna formación política. La ignorancia es aún más fácil de manejar que el más descerebrado de los aparatos burocráticos, en especial cuando halaga las ansias de poder de muchachos y muchachas. En junio de 1966 se hizo el primer ensayo general en la universidad de Pekín. Docenas de profesores y cuadros fueron empujados frente a una masa de estudiantes enfebrecidos que les pintaron la cara de negro, les endilgaron un sambenito y les pasearon por el recinto para ser ridiculizados y ultrajados. De Pekín la chispa saltó a las provincias. Las clases se suspendieron a partir del 18 de junio para que los guardias rojos pudieran campar sin verse limitados por zarandajas como clases, exámenes y demás faramalla académica. Y de las escuelas, el vendaval llegó a todos los ámbitos sociales. Había que acabar con lo viejo, y lo viejo eran tan infaliblemente aquello y aquellos que Mao detestaba que resulta difícil creer en la espontaneidad del movimiento de los guardias. El 23 de agosto Mao les afeó que no hubiese habido vandalismo contra los monumentos históricos y a partir de entonces el destrozo irreparable de millones de libros, documentos, edificios y objetos de arte se hizo incontenible. El único libro que parecía escapar de la quema era el Libro Rojo, que servía tanto para adoctrinar como para amenazar. Los cuadros del PCC sufrieron entre los que más, pero la marea subió hasta el ejército. Algunos oficiales que se resistieron, como el general Chen y sus compañeros de Wuhan, pronto recibieron su merecido. Chen y los demás fueron brutalmente apaleados, no a escondidas, sino a plena luz, en una sesión del Politburó presidida por Zhou Enlai. Lin Biao sería el encargado de depurar al ejército de desviacionistas de derecha.

En abril de 1969 se reunió el Noveno Congreso del PCC. A su final, el nuevo Politburó estaba totalmente en manos de los fieles maoístas. Lin Biao, Zhou y los miembros de la posteriormente bautizada Banda de los Cuatro, que contaba con la presencia activa de Madame Mao. En el comité central, el ochenta y uno por ciento de sus miembros ocupaban cargo por vez primera y su ascenso se debía indudablemente a una fidelidad perruna al Gran Timonel. En los diez años de la Gran Purga, más de tres millones de chinos sufrieron muerte violenta y, según han reconocido las autoridades post-Mao, hasta cien millones, el diez por ciento de la población del momento, padecieron algún tipo de persecución. Chang y Holliday insisten razonablemente en que nada de ello se debió al azar o el solo activismo de los guardias rojos, sino que fue fruto de un cuidadoso diseño ejecutado por el aparato de Estado que Mao dirigía. El futuro nuevamente le sonreía.

Con el tiempo, sin embargo, los restos del viejo aparato empezaron a levantar cabeza en medio del caos fraccional de los guardias rojos y el cansancio de la sociedad. Militares y burócratas civiles fueron rehabilitados. El ejército empezó a intervenir para evitar los choques entre facciones y ofrecer una cierta medida de calma a los ciudadanos. Lin Biao, su cabeza, empezó así a convertirse en otro problema para el presidente. Parece que Lin tejió una trama para dar un golpe de mano y librar al país de Mao. Su muerte en 1971 cuando, tras ser descubierto, se dirigía hacia Rusia en un avión requisado al efecto fue una nueva merma en las filas de la vieja guardia. Para el fin de sus días, Mao estaba soberanamente solo y, al parecer, la propia Banda de los Cuatro que contaba a su señora como miembro distinguido se había convertido en un posible blanco por si había que echar carne a los lobos.

OTRA VEZ LA ESTATUA

Mao se dirigía ya cansinamente hacia la muerte –que le llegó en 1976– sin muchas más alegrías que las visitas de Richard Nixon, ahora todo un colega. Según Chang y Holliday, en sus últimos días el Gran Timonel se veía asediado por la melancolía de no haber conseguido el papel de líder de la revolución mundial para el que se había autodesignado y caía en prolongados estados de conmisericordia propia. Lo que no parecía abrumarle era el dolor y la miseria ajena. «Más de setenta millones de personas habían muerto –en tiempo de paz– como resultado de sus errores, pero Mao sólo sentía compasión por sí mismo». Así abandonó este mundo sublunar el último emperador de China. Si de verdad, como dicen, sufrió en sus últimos años, bien merecido lo tenía.

El libro de Chang y Holliday, con sus 980 páginas, es monumental en todos los sentidos y su lectura parece obligada en estos tiempos en que los éxitos económicos y políticos de China hacen olvidar la miseria del experimento comunista. Ahora bien, si el último emperador sólo supo sembrar rencillas, muerte y miseria a su paso, ¿por qué no desapareció en una de las muchas crisis en que se metió? ¿Puede acaso el terror ser la explicación principal de su largo reinado? En el espléndido retrato que hemos resumido, Chang y Holliday no consiguen escapar de ese callejón sin salida y no pueden explicar por completo las raíces del poder maoísta. Por ejemplo, «el 13 de agosto [de 1959], por vez primera en su reinado de veintisiete años, Mao fue a comer a un restaurante de Tianjin. Su presencia allí no pasó inadvertida, como así se había dispuesto, pues no sólo se apeó del coche en la puerta, sino que se asomó a la ventana del piso superior. "Mao, Mao", empezó a gritar la gente. Corrió la voz de su presencia y pronto una histérica multitud de decenas de miles de personas se agolpaba en torno al restaurante y en las calles adyacentes, saltando y gritando "Viva el Presidente Mao"», un grito ritual antaño reservado a los emperadores. Esas cosas no suceden sólo gracias a una cuidadosa organización.

Sin duda, esas y otras expresiones del culto a Mao no son fáciles de explicar, pero la sociología obliga a mirar hacia el otro lado del tablero. No son sólo los individuos quienes hacen la historia, sino que, para el mantenimiento de las dictaduras, son menester otras fuerzas y presiones que han hecho mutis por el foro en esta biografía de Mao. Por un lado, el último emperador supo expresar, sin duda con más fortuna que

Chiang Kaishek, no sólo el deseo de millones de chinos de librarse del control imperialista, occidental o japonés, sino también su derecho a un sitio entre los grandes del planeta. Por otro, si causó tres millones de muertes violentas durante la Gran Purga; si llegaron a setenta los millones que murieron por su peculiar forma de entender el triunfo de la voluntad; si se cuentan en cien millones los afectados por la brutalidad organizada de los guardias rojos; aun así quedan muchos otros que no se vieron directamente afectados y, entre ellos, varios millones de beneficiarios del régimen. Documentar todo eso es un reto que, sin mermar el magnífico trabajo de Chang y Holliday, queda aún abierto para futuros historiadores con mayor acceso a los documentos oficiales de la época.

Al cabo, uno no puede por menos de volver a los satisfechos turistas chinos del parque Huangpu. La foto ante la estatua de Mao no parece reflejar nostalgia de su época, sino agradecimiento por haber vuelto a ser dueños de su país. Pero eso es el pasado. Cuando levantan la vista por encima del Bund o se vuelven hacia Pudong, esos turistas no recuerdan ya a Mao. El Gran Timonel se disuelve sobre el fondo de ese Manhattan chino varias veces más grande que el original y que es la prueba del nueve de las ventajas que les ofrecen la economía de mercado y la modernidad. Es decir, esas pequeñas cosas que el último emperador y tantos de sus bobalicones seguidores posmodernos quisieron arrumbar de una vez por todas en el basurero de la historia.

[1] Jung Chang, *Wild Swans: Three Daughters of China*, Nueva York, Simon & Schuster, 1991.

[2] Ben Kiernan, *The Pol Pot Regime: Race, Power and Genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-1979*, New Haven, Yale University Press, 2002.

[3] El responsable de la operación no era Mao, sino Zhou Enlai, pero en este punto del tiempo ambos dirigentes habían formado una estrecha alianza que duraría hasta el final de los días de Zhou y sus diferencias eran mínimas.

[4] Por el momento sólo han aparecido diversas memorias, sin que, en mi conocimiento, haya habido una historia completa y satisfactoria. Además de *Wild Swans*, ya citado, pueden leerse Feng Jicai, *Ten Years of Madness. Oral Histories of China's Cultural Revolution*, San Francisco, China Books, 1996; Yang Rae, *Spider Eaters: A Memoir*, Berkeley, University of California Press, 1998; Chen Ruoxi, *The Execution of Mayor Yin and Other Stories of the Great Cultural Revolution*, Bloomington, Indiana University Press, 2004 (ed. revisada); Hong Ying, *Daughter of the River*, Nueva York, Grove Press, 1997; Min Anchee, *Red Azalea*, Nueva York, Knopf, 1994. Sin embargo, por el momento, la atmósfera de la época la recrean mejor las novelas de Ha Jin (*Waiting, In the Pond, Under the Red Flag*), Dai Sijie (*Balzac and the Little Chinese Seamstress: A Novel*) o Min Anchee (*Becoming Madam Mao*).